

yo me voy á Castilla con los que me quieran seguir.» A las voces de Porras, respondieron los conjurados: «A Castilla, á Castilla,» y saltaron por todas partes con sus armas en las manos, prorrumpiendo algunos en amenazas contra la vida del almirante. Enfermo como estaba de la gota, salió éste cayendo y levantando para ver de apaciguar aquel tumulto, pero sus criados le obligaron á volverse al lecho. También lograron retirar, aunque con mucho trabajo, al adelantado D. Bartolomé, quien apenas oyó el ruido se puso lanza en mano en el puesto más peligroso, resuelto á resistir todo ataque. Hechos dueños del campo los conjurados tomaron las canoas que quisieron, y se marcharon en número de cuarenta y ocho.

Comenzaron su travesía arrimados á la costa, cometiendo mil tropelías con los indígenas en los puntos en que tomaban tierra, y agravaron su maldad esparciendo entre ellos las más insidiosas calumnias contra el almirante. Dos tentativas que hicieron para pasar a la Española se frustraron, y convencidos de que no lograrían su intento, se pusieron en camino para volver al puerto continuando sus vejaciones contra los indígenas y su empeño de desacreditar entre éstos al almirante.

Procuró éste restablecer el orden en la

poca gente que le quedaba; con las acertadas providencias y su asídúo cuidado de los enfermos consiguió reanimar su espíritu y mejorar de un modo notable su condición. Amenazóle luego otro peligro en la escasez de víveres, pues los indios ajustados por Méndez no miraban ya con el aprecio de antes las mercancías europeas, y descuidaban de proveerle. En tal apuro y no siéndole posible salir á procurarse provisiones por la fuerza, en atención á la poca gente que tenía, apeló á una notable estratagemá. Conocía por su ciencia astronómica que dentro de pocos días debía verificarse un eclipse de luna: convocó, pues, á los caciques principales para el mismo día del fenómeno, y cuando estuvieron reunidos les dijo; que él y los suyos adoraban al Dios verdadero, y éisle le había revelado que por la negligencia de los indios en proveer de víveres á los españoles, iba a castigarlos con hambre y pestilencia. Mas por si acaso despreciaban el aviso, quería darles una señal de su cólera. Sería ésta, que aquella noche verían cómo la luna perdía su luz y les dejaba en tinieblas.

Hubo entre los indios, quiénes creyeran la predicción y quiénes se burlaran de ella, pero todos esperaron con inquietud la llegada de la noche. Venida ésta, observaron

cómo la luna se iba oscureciendo gradualmente y tomando un color de sangre: no dudaron ya de la calamidad que les amenazaba, y llenos de terror acudieron en tropel al almirante, cargados de bastimento, rogándole que desenojase á su Dios; que ellos prometían abastecerle en lo sucesivo de cuanto necesitase. Dijoles Colón que rogaría á su Dios que les librase, y para dar lugar á que se concluyese el eclipse se entró en su camarote, fingiendo que hablaba con la Divinidad. En el entretanto resonaban montes y valles con los alaridos de los salvajes, y cuando el almirante conoció que el fenómeno se acercaba á su fin, salió á ellos con semblante alegre diciéndoles, que su Dios se había apiadado y en prueba de ello verían cómo el planeta recobraba su luz; pero con la precisa condición de que no volverían á negar los víveres á los españoles. Cuando los indios vieron que la luna seguía su majestuoso curso por los cielos sin mengua alguna en su brillo, se entregaron á los mayores trasportes de alegría. Bastó este ingenioso ardid del almirante para que los españoles no volviesen á escasez, y al mismo tiempo les aseguró de cualquier ataque de los indios, porque desde entonces le tuvieron por un hombre privilegiado á quien la Divinidad protegía visiblemente.

Ocho meses habían ya pasado desde la partida de Méndez y no se tenía de él noticia alguna. Otra nueva conspiración semejante á la de Porras estaba á punto de estallar, cuando una tarde al oscurecer se vió venir hacia el puerto una pequeña carabela. Luego que estuvo á cierta distancia echó al agua su batel. En él venía Diego de Escobar, enviado de mal agüero, pues fué uno de los partidarios de Roldán á quienes el almirante condenó á muerte. Traía una carta de Ovando, llena de cumplimientos, disculpándose de no enviar los buques necesarios para recoger á los españoles, por no haberlos en el puerto. A la carta acompañaba un barril de vino y un trozo de jamón, como regalos para el almirante. Recogió Escobar en el acto la respuesta de la carta de Ovando, y sin permitir comunicación alguna entre su gente y los naufragos, se volvió á la carabela, que dando al viento sus velas desapareció al punto en las tinieblas de la noche.

Por extraña y misteriosa que fuese la conducta de Escobar, el almirante obtuvo á lo menos la certeza de que ya en Santo Domingo tenían noticia de su triste situación. Aprovechó esta circunstancia para entrar en pláticas con los rebeldes; pero se mostraron éstos tan insolentes, que sobre exi-

gir condiciones inadmisibles, tuvieron el atrevimiento, al ver que eran desechadas, de intentar un ataque á mano armada para apoderarse de la persona de Colón y de las mercaderías de rescate que aun quedaban. Salióles al frente el adelantado D. Bartolomé, con tan feliz éxito, que después de una corta refriega trajo preso al cabecilla Porras. Perdido el ánimo con la pérdida del jefe, imploraron los conjurados la clemencia de Colón, quien con su acostumbrada magnanimidad les perdonó todas sus ofensas.

Vimos antes que Diego Méndez arribó felizmente á la Española. A su llegada supo que Ovando se hallaba en Jaragua, y aunque la distancia era de cincuenta leguas, el bravo Méndez las caminó solo y á pie, hasta ponerse en presencia del gobernador. Pidióle que enviase sin dilación por el almirante: Ovando ofreció hacerlo al punto, pero se pasaron siete meses, sin que lo verificase, ni quisiese dar licencia á Méndez para ir á Santo Domingo á disponer por su cuenta el socorro. Dicese que su intención era dejar perecer al almirante en su destierro: sospecha que todo el tenor de su conducta confirma. Pasados los siete meses no pudo detener más á Méndez y le dejó ir á Santo Domingo: luego que hubo partido,

despachó Ovando al rebelde Escobar, á quien Colón tuvo por un espía del gobernador, enviado sólo para cerciorarse de si ya había perecido con su gente. Como la vuelta de Escobar quitó á Ovando esta esperanza, conoció que para evitar el peso de la indignación pública, no había ya tiempo qué perder en el socorro del almirante. Méndez por su parte tenía ya listo un buque; el gobernador por la suya se dió prisa á aprestar otro y ambos partieron para la Jamaica, á donde llegaron poco después de la batalla con Porras.

El 28 de Junio de 1504, después de un año de horroroso encierro, se embarcaron los españoles, amigos y enemigos, en las dos naves, y llenos de gozo dieron á la vela para Santo Domingo. Los vientos contrarios y las corrientes no les dejaron llegar hasta el 13 de Agosto. La larga ausencia de Colón y sus recientes desgracias, habían contribuido poderosamente á calmar las pasiones en la Española, inclinando á su favor la opinión pública. El gobernador y los vecinos principales salieron á recibirle; aquel le hospedó en su propia casa y le trató con la mayor cortesanía. Pero sobraban motivos para suscitar diferencias entre ambos, y pronto comenzaron á manifestarse en las disputas sobre jurisdicción, pretendiendo

cada uno el derecho de juzgar á Porras y sus compañeros. Al cabo se determinó mandarlos á España, para que les juzgase el consejo de Indias.

Sobre los disgustos que ocasionaban á Colón tales diferencias se añadía el de ver cuán mal parados andaban sus propios negocios. Sus rentas estaban por cobrar, ó aquellos que las habían percibido no daban cuenta de ellas. Ovando por otra parte ponía tropiezos á los encargados de su cobro y administración, de todo lo cual le resultaba grande escasez de dinero. A pesar de ello deseaba tanto salir de la Española, que hizo reparar el buque en que vino de Jamaica y fletó otro, ofreciendo pasaje libre de gastos á todos los compañeros de su último viaje que quisiesen volver á España. Pocos aceptaron, y los más prefirieron permanecer en Santo Domingo: unos y otros se hallaban muy pobres y á todos socorrió Colón con abundancia. Cuanto pudo recoger de sus rentas lo gastó de esta manera; y entre los mismos que sintieron así los efectos de su generosidad estaban muchos que se habían señalado por su odio contra el almirante en la última rebelión.

El 12 de Septiembre dió á la vela, pero apenas hubo salido del puerto se quebró el mástil de su navío. Mandóle volver á San-

to Domingo, y él se embarcó en el otro que mandaba su hermano el adelantado. Mas la fortuna no se cansaba de perseguirle. Durante toda la travesía tuvo tiempo borrascoso: su nave sufrió frecuentes averías, y él mismo se vió reducido á mantenerse en cama sufriendo los horribles dolores de la gota. Por fin el 7 de Noviembre, su triste y estropeada nave anclaba en el puerto de San Lúcar: nadie salió á recibirle, ni su llegada causó la menor impresión. Acompañado de su hijo y de su hermano, pasó luego á Sevilla, en busca de algún reposo, después de tan larga serie de trabajos.

Pero en vez del descanso que buscaba y que tanto merecía, no encontró en Sevilla sino nuevas aflicciones de distinta especie. Desde su prisión por el comendador Bobadilla se trastornaron todos sus negocios, sin que jamás pudiera volver á ordenarlos, ni recoger lo mucho que se le debía. Lo poco que había colectado fué consumido en los gastos de su último viaje, y en socorros á sus compañeros para que pudiesen regresar á España: el gobierno le era deudor de crecidas sumas, y todo venía á parar en que siendo dueño de incalculables riquezas, no tenía á veces con qué pagar el gasto de una posada, como él mismo lo dice en las cartas que por aquel tiempo escribió á su hijo D. Diego

Como sus enfermedades se habían agravado y le impedían pasar á la corte, sólo se comunicaba con los reyes por medio de cartas ó valiéndose de sus amigos. Todo su empeño era llamar la atención de los soberanos sobre el peligro que corría la Española con el mal gobierno de Ovando, y obtener la restitución de sus honores, el pago de sus rentas y algún socorro para sus desgraciados marineros. Ninguna contestación tuvo á sus cartas, que acaso ni serían leídas, y los esfuerzos de sus amigos apenas alcanzaban á desbaratar las intrigas de sus contrarios. Todo era indiferencia y abandono para él. Y esto al mismo tiempo que expresaba su lealtad con estas sencillas y elocuentes palabras: "Yo he servido á sus altezas con tanta diligencia y amor, como y más que por ganar el paraíso; y si en algo ha habido falta, habrá sido por el imposible, ó por no alcanzar mi saber y fuerzas más adelante."

Conociendo el poco provecho que le traían sus cartas, ansiaba tener una entrevista con los soberanos, é intentó varias veces el viaje á la corte; pero el mal estado de su salud y el rigor de la estación se lo estorbaron siempre. En el entretanto, sus enemigos triunfaban: D. Fernando no hacía caso de sus pretensiones y todas sus esperan-

zas se fundaban en la justicia y magnanimidad de D^a Isabel. Pero esta soberana yacía peligrosamente enferma, y el 26 de Noviembre de 1504, perdió al fin la España la mujer más grande de cuantas han ocupado un trono. ¡Pérdida irreparable para Colón, que se encontraba á merced de la justicia y de la generosidad de D. Fernando!

Hasta el mes de Mayo de 1505 no le dieron alguna tregua sus enfermedades. Aprovechóse de ella para pasar á la corte, que se encontraba á la sazón en Segovia. Allí hubo de conocer toda la falta que le hacía su amable protectora D^a Isabel. Ciertamente es que D. Fernando le recibió con las mayores muestras de aprecio; pero de aquel aprecio forzado que no viene del corazón, ni despierta ninguna simpatía. Así fué que á pesar de estas civilidades exteriores, no logró Colón, en muchos meses de continuas y humillantes importunaciones, que sus negocios adelantasen un solo paso.

Su principal solicitud era que se le restituyesen sus empleos de virrey y almirante de las Indias. En cuanto á las cuestiones pecuniarias, poníalas noblemente en manos del rey para que las resolviese á su gusto; pero la restitución de sus dignidades era punto de honor en que no podía ceder. Como esto era precisamente lo que el monar-

ta estaba menos dispuesto á otorgar, no había medio de venir á un arreglo. Llegóse una vez á someter el negocio al examen de la «Junta de Descargos,» mas como los deseos del rey eran bien conocidos, nadie se atrevía á contrariarlos. D. Fernando conocía bien que con un poco más de espera y de indiferencia, la muerte vendría pronto á librarle de aquel importuno acreedor.

Tan continuos y dolorosos desengaños agravaron las enfermedades de Colón. La gota le redujo á guardar cama. Desde el lecho del dolor dirigió su última petición al rey, no ya en favor de sí propio, sino de su hijo D. Diego. Pedía que se diese á éste el gobierno de que él había sido tan injustamente despojado. D. Fernando oyó esta solicitud con el acostumbrado desprecio. Todo su empeño era que Colón cambiase las grandes dignidades que obtenía en el Nuevo Mundo, por títulos y rentas en Castilla. Nunca quiso consentirlo el descubridor, porque en ello iba su gloria; y Colón jamás sacrificó la gloria de su nombre á mezquinos intereses. Conoció, sin embargo que de D. Fernando no había que aguardar justicia y cesó de importunarle.

Devoraba en silencio su pesadumbre, cuando un rayo de esperanza vino á iluminarle por un momento y á encender el nativo fue-

go de su indomable espíritu. Los príncipes D. Felipe y D^a Juana venían á tomar posesión de su reino de Castilla, y la corte salió á recibirles á Laredo. El almirante despachó á su hermano D. Bartolomé para complimentar á los príncipes y les dirigió una carta manifestándoles que sus enfermedades no le dejaban ir á felicitarles en persona pero que así como esperaba de ellos la restitución de sus honores y dignidades, también se atrevía á asegurarles, que á pesar de hallarse por entonces cruelmente atormentado de sus males, aun podría prestarles servicios que nadie igualaría. Este fué el último arranque de aquella imaginación entusiasmada que en el lecho de muerte le hacía expresarse, como si aun pudiese contar con muchos años de juventud y vigor. El adelantado fué muy bien recibido por los príncipes, que le dieron grandes esperanzas.

En el entretanto tocaba á su término la carrera mortal del almirante. Luego que partió el adelantado se agravó su enfermedad, y viendo cercano su fin trató de poner orden en sus negocios. Ya en el instrumento de fundación del mayorazgo, tenía arreglado lo concerniente á la sucesión de su casa: confirmólo ahora instituyendo heredero universal á su hijo D. Diego. con legados á favor de sus hermanos D. Bartolomé

y D. Diego, y de su hijo natural D. Fernando. Dispuso que una parte de sus rentas se fuera depositando en el Banco de San Jorge, de Génova, hasta reunir una suma suficiente para emprender la cruzada á Tierra Santa, con encargo á sus herederos de ayudar personalmente al recobro del Santo Sepulcro, objeto de su ambición, hasta los últimos momentos. Proveyó también á la subsistencia de Da Beatriz Enríquez, madre de D. Fernando; señaló sumas para levantar iglesias, para socorro de sus parientes pobres y para el pago de las deudas más insuficientes. Cumplidos de este modo los deberes de humanidad y justicia en la tierra, volvió todos sus pensamientos hacia el cielo. Recibió los sacramentos como verdadero católico y rodeado de su hijo D. Diego y de unos pocos amigos, espiró tranquilamente el 20 de Mayo de 1506. Sus últimas palabras fueron: "In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum." En tus manos, Señor, entrego mi alma. Su cuerpo fué depositado en el convento de San Francisco de Valladolid: en 1513, fueron trasladados sus restos á la Cartuja de las Cuevas de Sevilla: en 1536 los pasaron á la Española y quedaron depositados al lado del altar mayor de la catedral de Santo Domingo. Pero cuando en 1795 la isla fué cedida á la Francia

no quisieron los españoles que las cenizas del descubridor reposasen en tierra extranjera, y las llevaron con gran pompa á la Habana, en cuya catedral se hallan al lado derecho del altar mayor.

Ninguna descripción de la persona del almirante pudiéramos dar, mejor que la hecha por su propio hijo D. Fernando. "Fué el almirante," dice, "hombre de bien formada y más que mediana estatura; la cara larga, las mejillas un poco altas, sin declinar á gordo ó macilento; la nariz aguileña, los ojos blancos, blanco, de color encendido; en su mocedad tuvo el cabello blanco, pero de 30 años ya lo tenía blanco; en el comer y beber y en el adorno de su persona, era muy modesto y continente: afable en la conversación con los extraños y con los de casa muy agradable, con modestia y gravedad. Fué tan observante en las cosas de la religión, que en los ayunos y en rezar el oficio divino, pudiera ser tenido por profeso en religión: tan enemigo de juramentos y blasfemias, que yo juro que jamás le ví echar otro juramento que por S. Fernando, y cuando más irritado se hallaba con alguno, era su reprensión decirle: os doy á Dios, porque hicisteis esto ó dijisteis aquello. Si alguna vez tenia que escribir, no probaba la pluma sin escribir estas palabras: *Jesus*

cum Maria sit nobis in via; y con tan buena letra, que bastara para ganar de comer." Por desgracia jamás se pintó un retrato de él durante su vida, de manera que cuantas figuras corren con el nombre del almirante, no merecen confianza alguna.

Si sentimos viva curiosidad en conocer la fisonomía exterior de un grande hombre, mayor interés debe inspirarnos el examen atento de su carácter. Allí admiramos las cualidades que le distinguen del común de los hombres, elevándole sobre ellos, y nos es revelado el secreto de la influencia que ejercieron en los destinos de la humanidad. Ninguno más digno de este examen que Cristóbal Colón. A una fantasía viva y ardiente que le arrebatava á las más altas especulaciones, reunía un juicio recto y sobrio con que sabía templar los vuelos de su imaginación. Así es que juntaba en un grado admirable, el ingenio que crea grandes proyectos, y la constancia que sabe ejecutarlos. Todas sus acciones iban marcadas con el sello de la elevación y espiritualidad que formaban el fondo de su carácter. Su ambición era noble y magnífica: deseaba adquirir riquezas para derramarlas en empresas inmortales; pero las perdería todas antes que ceder el menor de sus honores y privilegios. Las costas de Veragua le ofre-

cían oro á manos llenas, mas él pasa adelante porque no estaba allí el soñado estrecho que buscaba: ¿qué valía el oro, si aquel descubrimiento iba á coronar la gloria de su nombre? Y después de esto ¿habrá todavía quien se atreva á acusarle de avaro?

Su conducta en el gobierno de los países que descubrió, le coloca muy alto sobre los conquistadores comunes. En vez de asolar las nuevas tierras para saciar un momento la codicia, como por desgracia lo practicarón cuantos le siguieron, miraba sus dominios con un afecto casi paternal. Renunciaba á un provecho transitorio, por dejar asentadas sobre sólidas bases las fuentes de la riqueza pública; y si sus intenciones benéficas nunca pudieron realizarse, culpa fué de las contradicciones y tropiezos que le oponía la desenfrenada chusma que por desgracia tenía que gobernar.

Era por naturaleza arrebatado é irritable: le hería vivamente cualquiera ofensa ó injusticia; pero su corazón generoso y benévolo sabía dominar de tal modo la irritabilidad de su genio, que jamás se abandonaba á un acceso de cólera. Siempre dueño de sí mismo, siempre lleno de prudencia, la prenda más escasa en un hombre de acción y sin la cual las otras nada valen, consentía en ceder y aun suplicar, cuando hombres

indignos y despreciables se esmeraban en irritarle y en agotar su paciencia. Jamás conoció la venganza, y no parece sino que medía sus beneficios por la magnitud de las ofensas de aquel á quien los prodigaba.

Pero la cualidad más notable del carácter de Colón era el sentimiento religioso, que vivificaba con su purísimo fuego todas las demás prendas de su alma. Profundamente arraigada en su espíritu la convicción de ser él mismo un instrumento de la Providencia para llevar á cabo sus más altos designios, todo lo refería á Dios, y fortalecido con su omnipotente auxilio, no había empresa que considerara fuera de sus alcances. Hijo de esta convicción fué su empeño de recobrar el Santo Sepulcro; proyecto que le ha valido el título de visionario. Colón lo era en efecto; pero ¿cómo no serlo si su primer ensueño, burlado y contradecido por el mundo todo, había hallado tan espléndida realización más allá de los inmensos mares? La idea de la cruzada no era tampoco un ensueño, era un resultado de la inspiración celestial que visitaba su mente: ella venía de Dios y á Dios debía volver: su resultado material y visible había sido el descubrimiento de un mundo; para volver á su Criador necesitaba tomar también una expresión visible, y ningún

medio más apto podía hallarse que el hacer triunfar su nombre en los lugares que vieron el cumplimiento de los más altos misterios de nuestra religión.

El exceso mismo del sentimiento religioso hizo que Colón se acercase más de una vez al fanatismo. El infiel carecía á sus ojos de derechos naturales, y pertenecía al primer cristiano que le alumbrase con la luz de la verdad. Defender su nativa libertad era en él delito y contumacia. He aquí por qué Colón, pervirtiendo de un modo extraño las ideas religiosas, proponía declarar esclavos á los indios presos en las guerras. Mas es preciso separar en su carácter, la influencia necesaria de las ideas dominantes en su siglo, y los sentimientos individuales que le elevan sobre todos sus contemporáneos. Por grande que sea un hombre no puede libertarse del contagio de las opiniones que flotan, por decirlo así, en la atmósfera que le rodea. La esclavitud era admitida entonces generalmente, y Colón no hacía otra cosa que conformarse con este asentimiento universal. Mas su gobierno estuvo muy lejos de ser opresor para los indios, y su mejor defensa es compararlo con el de sus sucesores. Pesa también sobre el almirante la acusación de haber sido autor del funesto sistema de los reparti-

mientos. Vimos ya que el primer reconocimiento del derecho al trabajo de las personas, base de aquel sistema, le fué arrancado por la fuerza. Bastaría esto para su excusa; pero la justicia nos obliga á añadir, que la organización de las primeras sociedades europeas en el Nuevo Mundo demandaba tan imperiosamente la adopción de un sistema semejante, que nadie podía oponerse al curso necesario de las cosas, según vino á acreditarlo una larga y dolorosa experiencia. En toda comunidad arreglada ha de haber una parte de la población que se ocupe en la labranza y demás oficios mecánicos. El español no exponía su vida ni abandonaba su país para ir á ganar un escaso sustento con el trabajo material de sus manos: el indio, como ven cido, debía ser pues, quien trabajase para sustentar al vendedor. Colón no podía oponerse á lo que exigía la constitución misma de aquella sociedad, ni es responsable de los innumerables abusos que se cometieron. Grandes esfuerzos hizo, por el contrario, para contener los desmanes de los suyos contra los infelices indígenas; y á su severidad en impedir y castigar tales maldades, es de atribuirse la mayor parte de las desgracias que le sobrevinieron.

La poética imaginación del almirante se

descubre en los pocos escritos que de él nos quedan. Manejaba con dificultad la lengua castellana; pero encantan sus admirables descripciones, y el fuego y energía de sus palabras. Su estilo es siempre grave y elevado, tomando con frecuencia un tono bíblico. Sus arrebatos poéticos le ponían á veces en ridículo á los ojos de observadores fríos y vulgares: tales fueron sus conjeturas sobre la forma de la tierra y el sitio del paraíso terrenal en las costas de Paria, y la voz celestial que creyó oír en medio de los peligros de la Española, y en las funestas costas de Veragua.

Tal fué Cristóbal Colón: conjunto admirable de las más grandes cualidades: «digno,» según la expresión feliz de un célebre escritor «de ir á personificar el mundo antiguo en ese otro mundo desconocido que él iba á pisar antes que nadie, y de llevar á esos hombres de otra raza, las virtudes del viejo continente, sin uno solo de sus vicios.»

Nacida la civilización antigua en las más remotas regiones del Oriente, su destino era recorrer el ámbito del mundo, sin detenerse jamás en su marcha, porque nada detiene los designios de Dios. El trascurso lento pero incesante de los siglos, la había traído á las orillas de Europa: las cruzadas

apresuraron su vuelo, y al espirar el siglo XV, tocaba ya los confines del Océano. Detúvose allí como asombrada al contemplar el obstáculo que se le oponía. Cumplida su misión en España con la ruina de la media luna, encontrábase ya estrecha en las regiones que dominaba. Caminó hasta allí por la tierra, acreciendo sus conquistas palmo á palmo, pero sólo con un grandioso esfuerzo podía salvar el abismo que ahora le atajaba el paso. Dios, que no desdeña el servirse de medios humanos, escogió á un hombre para mensajero de la civilización y de la verdadera fe. Este hombre fué Colón. El surco que dejaba su nave en las olas del Océano, era la huella de la civilización que llevaba consigo: depósito sagrado que condujo fielmente á las playas del Nuevo-Mundo. ¡Cuán grande, cuán sublime aparece así la misión del inmortal descubridor!

Los grandes hombres no son más que ciegos instrumentos de que la Providencia se vale para llevar á cabo sus designios: adoremos, sin embargo, la inspiración divina, donde quiera que alcancemos á descubrirla, y no neguemos el tributo de nuestra admiración y respeto á los hombres privilegiados que fueron dignos de la elección de DIOS.



D. BARTOLOMÉ COLÓN,

HERMANO MENOR DEL DESCUBRIDOR

D. CRISTOBAL.

NADA se sabe de los primeros años de su vida. Dícese que hacia el año de 1485 hizo algunas navegaciones al cabo de Buena Esperanza; pero la primera noticia positiva que de él se tiene es la del viaje que hizo á Inglaterra para proponer á Enrique VII el plan de los descubrimientos de su hermano, cuando éste vino á España en fin de 1484, á presentar su proyecto y ofrecer sus servicios á los reyes católicos. En la travesía fué apresado por unos corsarios, cuyo acciéente le impidió durante mucho tiempo el presentarse en Inglaterra. Llegado allí se detuvo en la corte estudiando el idioma, y procurando conocerle